

El socialismo que postulamos

Jorge Arrate / Eric Schnake

Exposiciones para debate en el encuentro realizado por el Programa de Formación Salvador Allende Socialismo Joven, de la Federación Juvenil Socialista; El Canelo de Nos, 24 de marzo de 1989.

Jorge Arrate: Vivimos un momento inédito en la historia del país, en que estamos iniciando un proceso de transición a la democracia después de una dictadura que, entre otras características, durante quince años ha pretendido arrasar con las ideas socialistas y con sus sostenedores. No lo ha logrado y la reunión que tenemos aquí hoy día es la más vital, la más enérgica demostración de que en ese propósito, al menos, ha fracasado.

Iniciamos un período en que, pensamos nosotros, es momento de reivindicar en plenitud los derechos del socialismo. El socialismo, la doctrina socialista, los personajes socialistas, Salvador Allende —el máximo líder socialista—, han sido durante quince años vilipendiados, caricaturizados y deformados en este país. Es el momento de reivindicar la memoria del socialismo, para reivindicar su historia y para establecer con legitimidad su potencialidad, su perspectiva y sus derechos de futuro.

Es en este marco que debemos situar la elección interna que enfrenta el partido y en la cual mi muy amigo, con el que he compartido muchos momentos de lucha común, Eric Schnake y el que habla postulamos a la secretaria general. La elección interna del partido tiene que ser un momento de debate legítimo, de fortalecimiento de las estructuras partidarias, de resurgimiento de un alma y de una mística del Partido Socialista (PS) que le permita asentarse en el país y en todos los intersticios de la sociedad chilena con fuerzas acrecentadas.

Efectivamente, el partido que tenemos es un partido que, a mi juicio, será juzgado por los historiadores del socialismo como una gran obra, como una obra gigantesca. Lo que se ha construido en estos años ha sido verdaderamente impresionante y lo digo después de regresar a Chile hace poco menos de dos años, después de catorce de exilio, y encontrarme con lo que era el partido real, ese partido que imaginábamos en el exilio, pero del que no teníamos la vivencia directa y que, cuando llegamos, encontramos que existe; y existe desde el norte hasta el sur. En todas las ciudades, en todos los pueblos de Chile, la bandera socialista ha estado presente y ha sido salvaguardada y, más importante aún, es un partido que es capaz de reproducirse. Es capaz, por mecanismos constituidos por la familia, por el susurro de ideas, por la literatura, por los libros que circulan en circuitos alternativos, de ser capaz de reproducirse y de irse re-

flejando y resurgiendo sobre todo en los segmentos más jóvenes de la sociedad.

La tarea que se inicia es la tarea de fortalecer, de consolidar esto que se realizó, que se hizo, este logro verdaderamente impresionante. Haber conseguido un conjunto de compañeros que han dirigido el partido estos años y ser capaces ahora de proyectarlo y traducirlo para que el partido se enraíce en la sociedad chilena, en la base misma de la vida social, política y cultural de Chile, desde el sindicato hasta el parlamento, desde la junta de vecinos hasta el gobierno, que no haya un sólo sitio de la vida social del país en que no esté presente el PS. Es este el *leit motiv* fundamental, pensamos con Luis Alvarado —quien me acompaña como candidato a subsecretario general— de la acción que deberá emprender la próxima dirección del partido. Para este efecto, tenemos una serie de propuestas concretas, que constituyen proposiciones para el conjunto del partido que permitan hacer más fácil, más fluida esta tarea que es enorme, la tarea de hacer coincidir, en un tiempo difícil, el resurgimiento de la democracia con el renacimiento de la fuerza y el vigor del socialismo chileno.

En este empeño va a ser fundamental que nosotros, especialmente pero no exclusivamente nosotros, seamos capaces de levantar las banderas de la renovación socialista, que ha sido uno de los procesos más interesantes en el curso histórico del socialismo chileno, que nació —lo he dicho muchas veces— fundado por renovadores. Este es un partido que, cuando surgió en 1933, fue fundado por hombres que tenían una perspectiva profundamente renovadora de las ideas socialistas, profundamente renovadoras de la sociedad chilena. La renovación no es un cuento metido a la fuerza en la historia del PS, la renovación es parte de la esencia del socialismo chileno, de sus definiciones fundacionales, cuando, por ejemplo, el socialismo chileno se adelanta en decenios a los debates doctrinarios ideológicos universales al expresar en su *Declaración de Principios* en 1933 que adhiera o se inspira como método de análisis social en *el marxismo rectificado y enriquecido por el progreso científico y el constante devenir social*. Esa visión anti ortodoxa, anti dogmática, no esquemática, creativa, del marxismo es una visión, en la época en que se plantea, en 1933, profundamente renovadora. De esta manera el proceso de renovación es un proceso que ha sido natural al socialismo chileno, pero

lo ha sido además en un período —y me voy a referir en último término a eso— en que ha sido natural al socialismo a nivel mundial, a nivel internacional.

Lo que quiero decir sobre la renovación, más que referirme a su contenido —que hemos tenido oportunidad de discutir con cierta extensión en textos escritos—, es que este es un proceso del cual los socialistas de este partido no somos los exclusivos monopolistas. Ha habido en Chile un proceso de renovación del conjunto de los socialistas. Somos los que hemos ido más lejos, los que hemos avanzado con paso más decidido, los que hemos explorado con mayor curiosidad, con mayor audacia, para el mismo tiempo este proceso renovador que hemos impulsado en primera fila ha tenido un impacto evidente en otros segmentos y en otros sectores del socialismo en Chile. Es este hecho, este fenómeno, el que posibilita hoy día que nosotros hablemos seriamente, sinceramente y auténticamente, de la posibilidad de la unidad socialista.

La unidad socialista, no puede ser la unidad por la unidad, digámoslo claramente. La unidad no tiene efectos tautomáticos, no es el milagro o la magia que resuelve ni los problemas del socialismo ni los problemas de Chile, pero sería un inmenso paso adelante. Pero para que sea efectivamente un inmenso paso adelante, tenemos que hacer una unidad que esté fundada en acuerdos concretos, en acuerdos sólidos, en acuerdos profundos. Que reconozcan un elemento fundamental que condiciona y tiene que ver con el tipo de organización política, con el tipo de partido que estamos planteándonos crear. Ese elemento fundamental es que los socialistas tenemos legítimas diferencias. Legítimas diferencias que no nos impiden militar o ser parte de una misma organización, porque esa organización habrá de ser una organización lo suficientemente abierta, lo suficientemente democrática, como para admitir en su seno que se expresen estas diferencias. Eso es ya toda una concepción sobre el tipo de PS que queremos en la que tenemos que estar de acuerdo.

Tenemos primero que estar de acuerdo en que tenemos diferencias. Las tenemos porque el socialismo ha crecido y se ha diseminado como idea, como modelo, como acción social y política en el mundo con diferencias, porque es diferente en los cinco continentes, porque se manifiesta de maneras distintas, porque se expresa en formas de Estado, de movimientos, en partidos, en propuestas que son diferentes, porque es una experiencia, porque tiene menos de ciento cincuenta años de vida como idea de lucha, porque está recién en sus balbucesos iniciales, si miramos las cosas con una perspectiva histórica de siglos como son las reales y profundas perspectivas históricas.

Entonces la unidad socialista habrá de fundarse en este hecho fundamental: todos los socialistas hemos hecho un camino renovador. Busquemos aquellos puntos en que estamos de acuerdo en ese camino renovador, veamos si coincidimos en aquellos que son esenciales para la unidad y si coincidimos, sigamos adelante, será el momento en que podamos reunificar el partido.

Soy profundamente optimista sobre esta posibilidad. Y dicho entre nosotros —no se trata de vanos orgullos, de soberbias inútiles— estoy absolutamente convencido que la política que hemos elaborado en estos años, que la valentía



y audacia con que hemos dado la lucha ideológica y cultural en el seno del socialismo y con que hemos definido políticas nacionales que han sido convocadoras del conjunto de la sociedad chilena y de la ciudadanía, es un hecho que va a ser fundamental, va a ser nuestro gran aporte a la reunificación del socialismo.

Quiero en tercer término —y con esto termino— decir que tengo una visión también profundamente optimista sobre el futuro del socialismo en el mundo. A algunos les podrá parecer extraña esta afirmación. Se dice —lo dicen los pragmáticos—, se dice —lo dicen los neoliberales y neoconservadores—, que el socialismo está en retirada, que el marxismo ha sido destruido, que no tiene utilidad ninguna como teoría social, como método de análisis, que en definitiva el capitalismo ha triunfado en la lucha ideológica y cultural en el mundo. Pienso exactamente lo contrario.

El socialismo vive hoy día a nivel internacional efectivamente un proceso de crisis, pero este es un proceso de crisis reestructuradora, de la cual el socialismo habrá de salir más fortalecido porque sabrá desprenderse de los dogmas, de las incrustaciones que han significado una verdadera tara con la que el socialismo ha debido cargar en el siglo XX, como ha sido, por ejemplo, la herencia estalinista. El socialismo está en el mundo, hoy día, desprendiéndose de esta tara. Si examinan uno a uno todos los países del mundo desarrollado y subdesarrollado, hay dos ideas que auténticamente conmueven cada sociedad, que convocan efectivamente a grandes masas para realizaciones humanas, que constituyen pasos en una dirección utópica, pero que no son utópicas. Esas dos grandes ideas son hoy la del socialismo y la de la democracia, la del socialismo y la de la libertad. Vayan a China y encontrarán que en China lo que se está debatiendo es el tema de la vinculación entre el socialismo y la democracia. Vayan a la Unión Soviética y encontrarán que lo que se está debatiendo es el tema de la vinculación entre el socialismo y la democracia. Abran ustedes el diario y vean las propuestas políticas que se hacen hoy día en Hungría, que se hacen hoy día en Polonia, propuestas que los que estamos



aquí tantas veces planteamos y que los socialistas chilenos tantas veces plantearon en su historia y por las cuales fuimos tan virulentamente atacados. Abran ustedes el diario y encontrarán a un Partido Comunista italiano en un proceso singularísimo de evolución, el más interesante e importante partido comunista del mundo que se está planteando hoy día la reconstrucción de la unidad perdida del movimiento obrero internacional, concretamente está considerando su acercamiento y eventualmente su ingreso a la Internacional Socialista.

La idea de socialismo y la idea de democracia son ideas, las ideas primigenias del socialismo chileno que estuvieron en el proyecto de Allende, que hoy día están conmoviendo al mundo. Mientras seamos capaces de unir efectiva y concretamente en la práctica y en la construcción social estas dos ideas, estoy convencido, estoy seguro, que el avance del socialismo en el mundo va a ser incontenible. El socialismo no ha avanzado más porque ha sido asociado en el mundo a dictadura. Cuando el socialismo esté plenamente asociado a la idea de democracia y libertad, el socialismo va a avanzar y ello va a ocurrir en un siglo en el que ustedes van a ser protagonistas fundamentales, por lo menos en su primera parte, el siglo XXI.

Me asiste la profunda convicción que se inicia un período de despliegue del socialismo a nivel internacional que requiere una visión renovadora y no dogmática. Creo que nosotros debemos hacer en Chile nuestra modesta, nuestra pequeña contribución, como la hizo Allende con su proyecto, como la ha hecho el socialismo chileno a través de su historia, de su doctrina, de sus debates, a este proceso universal de enriquecimiento de la cultura, de perfeccionamiento de la vida social y de humanización de la vida colectiva de todos los que pueblan el planeta.

Eric Schnake: No les llame la atención si en el curso de este foro ven ustedes que se producen reiteraciones, repeticiones; o mejor dicho, tal vez es bueno que les llame la atención, porque con ello podrán constatar un nuevo estilo, una

nueva manera de mirar la realidad de los propios socialistas. Jorge y yo somos aparentemente rivales en este instante y alguien, algún compañero, en broma me preguntaba —y debe haberle hecho la misma pregunta a Jorge— si estaríamos en condición de hacer un foro donde ojalá corriera sangre para que nos entretuviéramos. Le mandé recado a Jorge, no sé si se lo dieron, que hiciéramos un intento, porque sabía que eso es un poco difícil que suceda entre nosotros. Los socialistas de hoy, que son ustedes, es bueno que sepan que los socialistas que vamos pasando hemos conocido en carne propia, en la vida, en la experiencia, los problemas más acuciantes de lo que ha sido la crisis del socialismo. Algunas, diría la gran mayoría, de estas vivencias han extraído una experiencia extraordinariamente fortalecedora, otros las han dejado en el desván de las cosas olvidadas. Este partido está integrado fundamentalmente por aquellos que hemos recogido de la experiencia de los problemas y de las crisis del socialismo tal vez lo más enriquecedor.

Lo más enriquecedor ha sido ser capaces de reivindicar, en momentos en que no era fácil y en que incluso aparentemente era contradictorio con la realidad que se nos presentaba, el concepto más fundamental, la ética del socialismo: el sentido democrático del socialismo como una finalidad, no como un mero medio para llegar a un cierto tipo de sociedad. Eso evidentemente que ha impregnado también y debe impregnar nuestra conducta personal. Por eso —bien decía Jorge— somos viejos amigos. Somos viejos amigos, también, todos en este partido en la ideología y admitimos y celebramos la existencia de matices.

Cuando barajábamos quien hablaba primero y le tocó hablar a Jorge, debo confesar que tenía la seguridad que iba a iniciar su exposición con el recuerdo de lo que fue la declaración de principios de 1933: igual lo hubiera hecho yo. Porque hay algo en que se parecen mucho los fundadores de este partido a la juventud del Chile de hoy: tuvieron una capacidad imaginativa, una capacidad creadora que debían rescatar y poner en evidencia con mucha más fuerza.

Ellos, cuando plantearon el carácter no dogmático del marxismo como una forma de interpretación de la historia, cuando entendieron el profundo valor dialéctico de ser capaz, como método de interpretación de la historia, de rectificarse a sí mismos y de enriquecerse, estaban poniendo el dedo en la llaga de una crisis que estalló hace 20 años recién en el resto del mundo. Ellos, cuando plantearon en 1933 que éste se constituía en el partido de la clase trabajadora y entendían por tal no sólo al viejo proletariado cuya representación debía asumir el Partido Comunista (porque el proletariado no era más que la vanguardia de la clase trabajadora y en consecuencia era una concepción reduccionista), sino que iban más allá; no sólo a los obreros: a los campesinos —clase muy poco aceptada en las concepciones leninistas principalmente como fuerza creadora del desarrollo y del cambio social—, a los trabajadores manuales e intelectuales y hacían una larga enumeración incluso hasta de los pequeños comerciantes y pequeños industriales. Esto fue dicho en 1933. Cuando Garaudy por allá por 1960, dio motivo a su expulsión del *buró* político del Partido Comunista francés, plantea la nueva clase social, la nueva clase trabajadora, esta clase amplia y provoca en la historia del socialismo realmente una verdadera revolución. Esto se planteó en 1933 y

era entender el profundo sentido filosófico que tenía como base del desarrollo de la sociedad, interpretado desde su punto de vista marxista; su esencia, su dialéctica, su materialismo dialéctico.

Cuando este partido elabora uno de sus programas más connotados, en 1947, que los asignamos sólo a la persona de un viejo y querido dirigentes y militante de este partido a quien tuve el agrado de conocer —yo militaba ya en el partido en esa época, hacia dos años que militaba en ese partido—, y rescata Eugenio González con un vigor inusitado el sentido del ser humano, del hombre como centro del desarrollo y como eje, como vértice a la vez, del socialismo, con ello reivindica de manera genial el profundo carácter humanista de este partido. Cuando reivindica de manera genial el profundo carácter democrático de este partido e incluso plantea la democracia como finalidad, está haciendo lo que hoy en el mundo se transforma en una revolución.

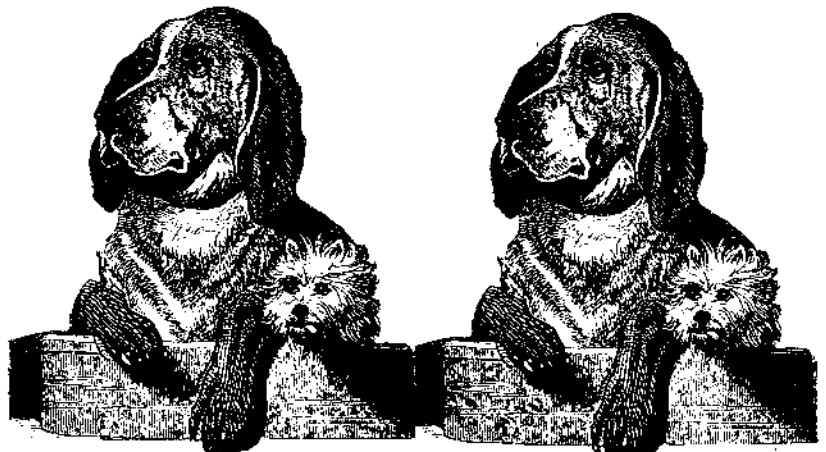
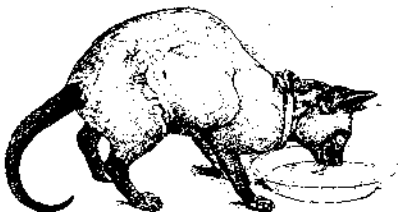
Diría que nuestro partido, y el socialismo en general, teniendo una visión política maravillosa del futuro, creativa, se parece mucho a lo que la juventud nuestra ha sido en el curso de estos quince años de dictadura. Decía hace mucho tiempo atrás en una reunión con compañeros y compañeras en Valparaíso, en la Universidad Católica, que para nosotros los socialistas que ya llevamos años en esto, luchar por la democracia es luchar por rescatar algo que hemos conocido y que lo podemos contrastar con una realidad que limita, una realidad que es dura. No nos es difícil, en consecuencia, al tener puntos de contraste, entregarnos con todo el fervor a la lucha, porque hemos conocido algo mejor, porque hemos conocido de la dignidad del trabajador chileno expresada en cuestiones básicas: en tener acceso a la educación, tener acceso a la salud, tener acceso a la vivienda y saber que sus derechos como ser humano están respetados, porque hemos vivido una etapa de nuestra sociedad en la que así era.

No es halago, porque entre nosotros no es necesario, es un hecho de la causa —se vio en el plebiscito— que quienes han luchado con tanto o más fuerza y ahínco para cambiar esta dictadura han sido los jóvenes. Se dice, no sin razón, que si la juventud no se hubiera volcado en una lucha democrática por cambiar la dictadura, la dictadura habría ganado incluso el plebiscito. Estas no son palabras, están demostradas casi, diría, palmareamente. Lucharon con una finalidad, teniendo una luz allí al final de este túnel; esa luz se llamaba democracia. Todos saben bien, porque todos los jóvenes tienen experiencias, tienen algunas vivencias, no tantas como nosotros que somos tan infinitamente viejos, pero tienen unas cuantas, saben que no es lo mismo leer que vivirlo; que es bueno leer y vivir, pero que lo uno separado de lo otro no genera de por sí un impulso suficiente. Los

jóvenes de nuestro país han tenido que hacer un esfuerzo de imaginación y de creación, se han tenido que imaginar el objetivo por el que van a luchar, han tenido que crear todo un mundo paralelo, toda una institucionalidad paralela en la cual hayan podido irse desarrollando para llevar adelante una lucha tras unos objetivos que no conocen en esta primera etapa. Fue un poco lo que hicieron nuestros fundadores, se imaginaron el desarrollo con una perspicacia y una sensibilidad que nos hace tener evidentemente una fe enorme en que seamos capaces de construir esa sociedad que nos hemos ido imaginando y que hoy tenemos que recrear.

Pero, como todas las cosas, no han estado ausentes los errores. Uno de los errores tal vez más grandes cometidos a lo largo de la historia del socialismo, un poco marcado por el sentido de las épocas, fue no poner o no darle el perfil y las características a los instrumentos, para que éstos fueran coherentes, fueran adecuados a las finalidades que se trazaban. Cuando el socialismo surge, surge como una reacción dentro de la izquierda, dentro del amplio campo de la clase trabajadora, a una formación dogmática, llena de pequeños esquemas reduccionistas, como el PC, que carece de lo esencial para el desarrollo, entre otras cosas, de sus políticas, carece de la amplitud y carece del instrumento suficientemente democrático. Nosotros, cuando creamos este instrumento que se llama partido, recogemos —producto de la época— algunas concepciones que no le permiten ejercer con el grado de coherencia el carácter profundamente democrático que la lucha nuestra debía tener. En alguna medida recogemos —sí, son situaciones básicas que es bueno tenerlas en mente—, por ejemplo, en el esquema básico organizativo del PS, nuestra concepción leninista del centralismo democrático, que termina por ser brutalmente centralista pero que carece de democracia. Eso en alguna medida mella este instrumento a lo largo de la historia y le hace pasar a veces por crisis que son muy profundas y que se expresan tradicional y normalmente en dimisiones, en atomizaciones del partido, que no es ésta la primera. Hay muchas, la historia de nuestro partido está un poco llena de éstas, que son en alguna medida producto de la carencia de un centro básico, de un campo, de un punto de encuentro donde los socialistas sean capaces y tengan unos canales abiertos para discutir en plenitud sus concepciones y los matices que pueden diferenciarlos en momentos determinados, sus interpretaciones de estrategias políticas, sus maneras de ver, a veces diferentes, la realidad que les hace explotar también.

Hoy queremos justamente, para que entremos a este presente, hoy estamos en condiciones de practicar lo que llamaría la revolución democrática de los socialistas que, junto con asumir este profundo carácter de democracia como fi-



nalidad, transformemos nuestros instrumentos partidarios en un cenáculo abierto, democrático, participativo, de tal suerte que al ser cada socialista individualmente quien pueda expresar y hacer pesar su opinión, su óptica del hoy, del aquí y del ahora y del mañana, asuma por esa misma circunstancia con más fuerza, asuma los valores por los que estamos luchando. Esta misma concurrencia conjunta, inusitada en la historia del partido, es un poco el inicio de una manera de construir este partido en términos democráticos.

Cuando hace algunos días atrás planteaba en un pleno del partido, en una frase aparentemente sin importancia, con más pinta de *slogan* que otra cosa, "un socialista, un voto", lo decíamos de cara a nuestros eventos futuros, lo que estábamos planteando es algo que está hoy asumido por todo el partido, estábamos planteando algo mucho más profundo. Estábamos planteando, y terminará por ser así, estamos seguros todos, que queremos que en este partido todos participen, todos se sientan comprometidos por su participación con los valores a desarrollar, estamos planteando una co-responsabilidad de toda la militancia en las políticas de los dirigentes socialistas y estamos planteando una perspectiva, fruto de la experiencia, de renovación también de los cuadros del partido. Porque lo que impulsa la renovación, lo que hace posible que los cuadros más jóvenes accedan a los lugares de dirección y tengan importancia e influencia en el diseño de las políticas del futuro, es su peso específico como seres humanos, porque participan porque valen. Porque los cuadros antiguos, como las sociedades, tenemos una seria tendencia a conservar, nos gusta conservar el poder, esto parece que les pasa a todos. Debe ser algo de la sociedad, las sociedades viejas que tienden a mantenerse y les cuesta mucho dar paso a las nuevas generaciones.

Es una experiencia revolucionaria, que ojalá comenzara a imponerse en muchas partes del mundo. Hay grandes formaciones socialistas en el mundo, como algunas que recordaba Jorge, donde la carencia de un sistema, de una estructura plenamente democrática, en alguna medida importante ha provocado en estos cortos años, en estos últimos años, un envejecimiento prematuro de sus políticas y una suerte de lucha generacional y de pugna que lamentablemente ha terminado en lo que, en España —que es mi experiencia más reciente porque estuve nueve años exiliado en España—, llaman el *pasotismo*; es decir, cuando la juventud no encuentra canales para pasar, cuando ya no tiene cómo imponerse, prefiere un poco pasar de la realidad, pasar del cambio.

Hay otro punto que quisiera tocar; es un problema, una óptica, una visión un tanto pragmática acerca del futuro inmediato y que es un tema que es muy importante debatir en-

tre todos nosotros.

Soy un convencido que en la época mediata e inmediata la sociedad chilena en su conjunto lo que más desea es tener una sociedad democrática profundamente estable, segura. El concepto de estabilidad y seguridad es un anhelo muy profundamente sentido no sólo por las nuevas generaciones sino, en general, en el conjunto de la sociedad chilena.

Los socialistas queremos aportar al carácter estable y seguro de una sociedad democrática. Y, al mismo tiempo, evidentemente que está en el impulso del socialismo darle a esta sociedad un sentido de progreso. Uno de los problemas que vamos a enfrentar es cómo en una sociedad, tan fragmentada ideológicamente en apariencia en la actualidad, podemos reconstruirla y reconstituirla y transformarla en una sociedad estable.

Así, nuestros esfuerzos debieran estar dirigidos hacia una suerte de repolarización de nuestra sociedad, una repolarización marcada por una línea divisoria en que el eje central es la democracia y de aquí para acá se va conformando un gran polo ideológico de centro-derecha y de aquí para este otro lado se va conformando un gran polo ideológico de centro-izquierda. Evidentemente, creo y pienso que este gran polo ideológico de centro-izquierda debe tener a su vez un eje y ese eje debe ser el socialismo.

Esta concepción de la sociedad, mediata e inmediata, es el gran trabajo que debemos hacer los socialistas para ir la conformando en este período de transición y para que la democracia que se alumbre después de la transición tenga este sentido de estabilidad, de seguridad y de progreso; teniendo la inmensa virtud, a mi juicio, de que ello elimina la presión de los extremos que, la vida nos ha enseñado, provocan una distorsión del cambio social y de las posibilidades de crecimiento de un país y de una sociedad tremendamente grande. Es decir, estas situaciones que la presión de los extremos, de la extrema derecha y de la extrema izquierda, provocan al interior de una sociedad que necesita estabilidad, seguridad y, a la vez dentro de esa estabilidad y seguridad, progresar.

Los ejemplos recientes no son pocos. En la época de Salvador Allende supimos, y nosotros fuimos en una medida muy importante, ideológicamente infiltrados por los extremos, los que tuvieron una importancia bastante grande en el fracaso en definitiva de nuestra política. También supimos lo que fue la influencia de la extrema derecha, capaz en una medida importante de concitar toda una gran alianza que terminó por agotar nuestro período de socialismo en 1973.

